

Petróleo, el principio del fin

JOAN COSCUBIELA Y ENRIC TELLO

No ha sido un visionario, sino Michael Bowlin, director general de la multinacional petrolera ARCO, quien ha dicho que "asistimos a los últimos días de la era del petróleo". Una afirmación que ha pasado inadvertida ante el ruido provocado por el último incremento del precio de los derivados del petróleo y las protestas de los sectores más afectados.

Hemos asistido a movilizaciones legítimas ante un encarecimiento de los precios que sólo beneficia a quienes controlan en régimen de oligopolio su oferta, mientras reducen la renta disponible del resto de la población y castigan a unos colectivos con ingresos y condiciones de trabajo ya de por sí precarias, que no pueden contener el impacto de las subidas ni trasladarlo a sus precios de venta por la vulnerabilidad de los sectores productivos en los que trabajan.

Pero, como ha sucedido en anteriores ocasiones, ni las medidas ni las reflexiones parecen orientarse a abordar el fondo del problema. Y eso resulta más chocante al haber coincido el conflicto con la celebración europea del Día sin Coches, cuyo sentido no parece haber llegado a la ciudadanía. No se ha explicado, por ejemplo, que se trata de una iniciativa que parte de la asunción por parte de la Comisión Europea del estudio dirigido en 1991 por Fabio Maria Ciuffini poniendo de manifiesto que "la ciudad del automóvil resulta hasta cinco veces más cara que la ciudad sin coches", incluso sin calcular los costes ambientales. Son datos que han sido ratificados por el estudio sobre las cuentas del transporte en España elaborado en 1994 por Alfonso Sanz para el Ministerio de Obras Públicas y Transportes, del que se desprende que cada kilómetro en automóvil cuesta el doble que en autobús o tren de cercanías, y consume el triple de energía, suponiendo la ocupación de todas las plazas. La diferencia aumenta si el cálculo se realiza en función del coste por persona trasladada. Así, según el informe conjunto de la Universidad de Barcelona (UB) y la Universidad Politécnica de Cataluña de 1998 encargado por la Entidad Metropolitana del Transporte, viajar en un coche ocupado por una sola persona es dos veces más caro (44 ptas/km) que en autobús (18 ptas/km) y seis veces más que en tren de cercanías (7 ptas/km).

Las sociedades europeas deberíamos asumir de una vez por todas que nuestro modelo energético y de movilidad comienza a agotarse porque depende exageradamente de un recurso no renovable como el petróleo. Entre los costes están también los laborales. El uso generalizado del transporte privado y el colapso viario en el ámbito urbano y metropolitano está originando una prolongación práctica de la jornada de trabajo, un incremento de los accidentes de trabajo *in itinere*, y serias dificultades cotidianas por la inadecuación de un sistema de transporte colectivo que no llega en condiciones a las grandes áreas productivas y de ocio, o cuando llega lo hace con horarios uniformes propios de una sociedad fordista, mientras que el tiempo de trabajo y de ocio se organizan en nuestras sociedades de manera cada vez más diversa y flexible.

Corremos el riesgo de que los conflictos suscitados en sectores con una fuerte dependencia del precio de los gasóleos desvíen la mirada y las preocupaciones de la ciudadanía. Porque una cosa es la legítima búsqueda de soluciones que compensen el impacto sobre los costes de producción de sectores ya de por sí castigados, y otra muy distinta creer que el futuro pasa por un petróleo más barato o una fiscalidad más reducida. Reclamaciones así suenan muy agradables al oído, pero olvidan los impactos de todo tipo que ello ocasionaría a medio plazo. Más pronto que tarde nuestro país debe abrir un debate serio sobre el necesario tránsito a un modelo energético distinto, como el que ya están haciendo países como Suecia, Holanda, Dinamarca, Alemania e Italia, que han introducido la figura de la ecotasa como un instrumento de regulación e incentivación de los cambios.

Una parte importante de ese proceso transcurre por el cambio en los hábitos y conductas ciudadanas con relación al transporte, y para eso, las campañas institucionales, siendo necesarias, se quedan cortas. Necesitamos pactos de ciudad que permitan incentivar todas las formas de transporte colectivo y fomenten una manera más sostenible de usar las ciudades. Eso no se consigue sólo con planteamientos voluntariosos y bienintencionados. La promoción del transporte colectivo es la gran asignatura pendiente de la Barcelona real, la metropolitana. Y ello es responsabilidad de las administraciones y también de los agentes económicos y sociales.

A ningún empresario se le ocurriría poner en marcha una empresa sin tener garantizadas las infraestructuras que permiten el acceso de las mercancías, cuando en cambio se comprueba con frecuencia que se abren nuevas empresas y polígonos sin tener garantizado el acceso de las personas como no sea con medios propios. Esperemos que los conflictos generados por la subida del petróleo sirvan para plantear de una vez el futuro energético y nuestro modelo de movilidad.

Joan Coscubiela es secretario general de CC OO de Cataluña, y Enric Tello es profesor de Historia económica de la UB y miembro de Ecologistas en Acción.

La subida del precio del petróleo aumenta también los costes del trabajo y la jornada laboral

LA CRÓNICA

La felicidad es un viejo asunto

ARCADI ESPADA

Hace unos tres años, Philippe Delerm escribió un libro de mucho éxito sobre los pequeños placeres de la vida, que aquí titularon *El primer trago de cerveza*. El libro, a veces, roza la cursilería y otras se adentra resueltamente en ella, pero a mí no me importa porque la sola evocación de una carretera secundaria de Francia me funde los plomos. Y en el libro de Delerm hay muchas carreteras que siempre acaban llevando hasta una mujer francesa en pleno *confit d'oie*. Por otro lado, en agosto de 1998 publiqué en este periódico una serie propia del tiempo que titularon *Un instante de felicidad*, y que pretendía capturarla. Entonces no sabía nada de Delerm, pero no tardé en enterarme.

—¿Qué, copiando ahora del francés? —me dijeron con gran amabilidad en la redacción, tras la primera entrega.

No, no copiaba del francés. Copiaba del chino. Como Delerm. Sin saberlo.

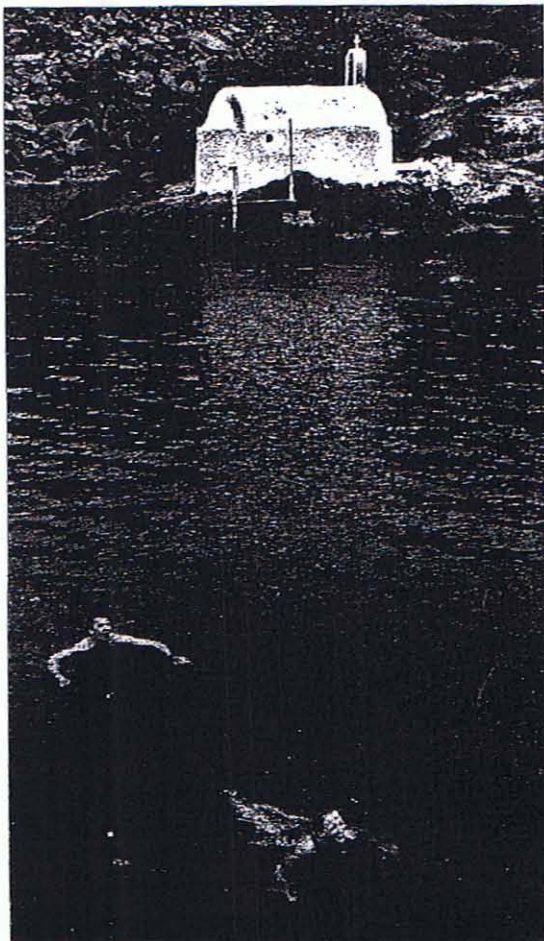
A principios de este último verano, la profesora de griego Kleri Skandami me invitó a la presentación de *Loxandra*, una novela de María Iordanidu. Yo no sabía absolutamente nada de todo ello, pero era una fiesta griega, con aceite de kalamata y retsina, y buenos amigos. Antes de salir eché un vistazo al libro para no dejar nada al azar, y entonces fue cuando me saltó a la cara como un reproche: "Cortar, en un atardecer de verano, con un cuchillo filoso un melón verdidoro sobre un gran plato escalearado. ¡Ah! ¿Qué si no es la felicidad?". Dos citas del mismo libro abrían uno de los capítulos de *Loxandra*. La otra decía: "Un viajero vuelve a casa tras una larga ausencia y ve la vieja puerta de su ciudad, y oye a las mujeres y a los niños en ambas orillas del río conversar en su dialecto. ¡Ah! ¿Qué si no es la felicidad?". Las citas habían sido sacadas de los *Treinta y tres instantes de felicidad*, de Cin Seytan.

María Iordanidu no estaba en la fiesta y además había muerto. En cuanto a Selma Ancira, la traductora, estaba bajo los efectos, al menos, de la música.

—¿Dime? ¿Seytan? ¿Qué Seytan? ¿El libro? ¡Ah, claro! Debe de ser un turco. Me gusta lo del melón.

A partir de esa noche sobrevinieron una glaciación muy larga. Mi amiga Kleri Skandami tomó la inesperada decisión de investigar hasta en el último pliegue de la cultura literaria otomana. Por mi parte, pasé muchas noches por la biblioteca nacional turca. Uno de los problemas de Internet es que todo lo puedes, y el hombre necesita límites. En www.logos.it, una magnífica web italiana, aprendí turco. Al menos lo suficiente para saber que *seytan* quería decir diablo. El descubrimiento complicaba las cosas porque entonces Cin Seytan podía ser un seudónimo. Un amigo viajó a Turquía: no sólo en busca de Cin. Como acostumbra, Kleri pasó sus vacaciones en Grecia, pero este año tenía un motivo de preocupación.

Hace un par de días llamé



Felicidad en una sala de Grecia: después del baño, "cortar en un atardecer de verano un melón verdidoro...". / MANOLO S. URBANO

Kleri. Sobria, como es de natural.

—Lo tengo y es chino. Además, los *Treinta y tres momentos* están traducidos.

Había sucedido una tarde de verano. Una mujer leía un ensayo sobre la vida. Es verdad que todos los libros son eso, pero éste se llamaba *La importancia de vivir* y lo firmaba Lin Yutang. Cuando la mujer llegó a la mitad de la página 143, un epígrafe anunciaba la próxima aparición de *Los treinta y tres momentos felices* de Chin Shengt'an. El nombre sonó sobre el de su amiga Kleri como una campanita.

Chin Shengt'an fue un ensayista chino del siglo XVII que practicaba un género propio: el comentario teatral como visión del mundo

Hacia meses, Kleri le había hablado vagamente de que Cin fuera Chin, y de todo lo demás, como una posibilidad remota. Ella era sinóloga, pero hasta aquella tarde no recordaba haber oído hablar de Shengt'an. Y sin embargo, ahí estaba, cercano, como los mejores placeres o los mejores asesinos.

Chin Shengt'an fue un ensayista chino del siglo XVII. Grande según cuentan. Practicaba con éxito y fama un género propio de

aquella cultura y de aquel tiempo: los comentarios teatrales. Con el (pre) texto de una obra teatral, vertía sus juicios sobre el mundo. Largamente. En el comentario de una obra titulada *Cámara occidental* incluyó los *Treinta instantes*. Su origen es conmovedor y merecería ser verdadero: nacieron cuando Shengt'an y un amigo íntimo pasaron 10 días encerrados en un templo a causa de la lluvia. Entre las estrategias que establecieron para combatir el aburrimiento, la más celebrada fue la evocación de los momentos felices. Tal vez cuando llegaron a 33 la lluvia cesó.

La felicidad de Shengt'an tiene una carnalidad muy particular. Nada que ver con el amaneramiento de la felicidad pasada por el trámite de la literatura. Por ejemplo: "Me despierto de mañana y me parece oír

que alguien suspira y dice que anoche murió alguien. Pregunto inmediatamente quién, y me entero de que es el tipo más astuto, más calculador de la aldea. ¡Ah! ¿No es esto felicidad!". O bien: "Mantener tres o cuatro manchas de eccema en una parte privada de mi cuerpo, y quemarlas o bañarlas de vez en cuando con agua caliente tras puertas cerradas. ¡Ah! ¿No es esto felicidad!".

Puesto que hemos de morir, leamos.